

Biblioteca Nacional

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

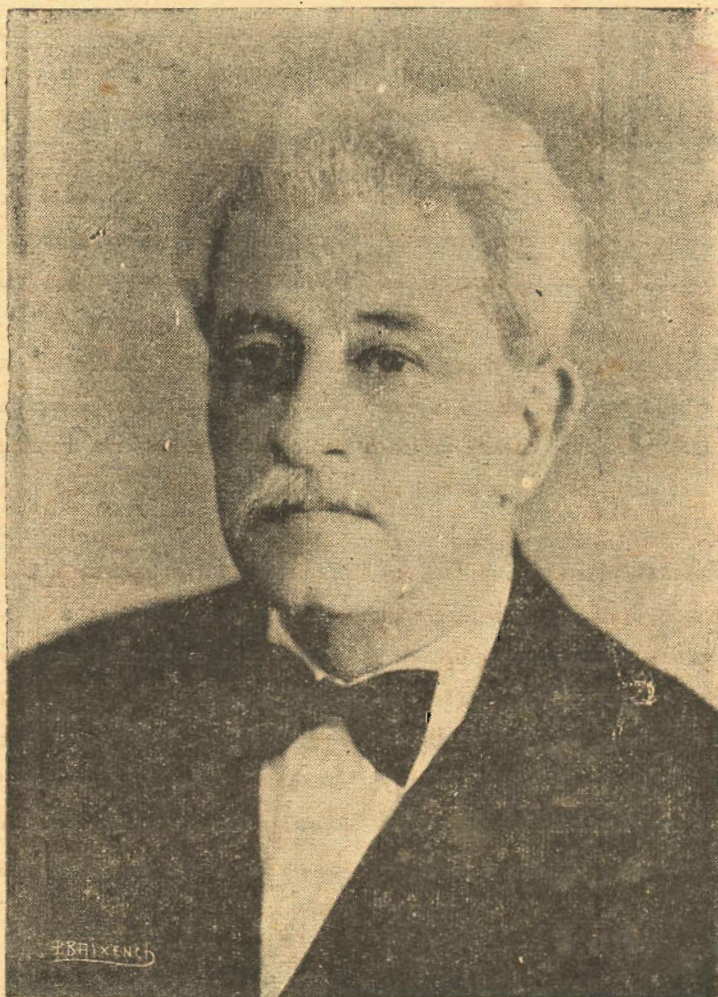
₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 20 de Junio de 1943

No. 557

Dr. Don RAFAEL CALDERON MUÑOZ BENEMERITO DE LA PATRIA



Cuyo fallecimiento acaecido el 15 de Junio del presente,
ha constituido un verdadero duelo nacional

Doctor Don Rafael Calderón Muñoz

Benemérito de la Patria

Era su cabeza de cabello cano, la honra su ley, la virtud su guía; así dijo un poeta y nosotros repetimos lo que dijo el poeta al recordar aquella cabeza nívea que inspiraba respeto y cariño.

Cuántas veces lo llamamos para asistir algún enfermo y aquella visita duraba una y más horas conversando de problemas que había que abordar... de Religión... éste era el problema que más le interesaba... deseaba hacer tanto bien a su Patria!

La vida entera del muy querido e inolvidable Doctor Calderón Muñoz la consagró a hacerle el bien a la clase pobre, los curaba sin cobrarle un céntimo, más aún, los ayudaba con su dinero.

Hoy que su bellísima alma pasó a la eternidad, estará recibiendo oraciones y bendiciones de toda esta gente pobre a quien protegió.

Era católico de verdad, profundamente instruido en materias religiosas; cuántas veces en su oficina nos enseñó sus libros de consulta y nos decía: lea usted esto, un católico de verdad jamás procede contra las Instituciones de la Iglesia, jamás es apóstata.

Y no olvidaremos jamás sus voces de alienato, siga, siga usted con su hermosa labor de LA BUENA PRENSA... se hace tanto bien con

ella! pocas semanas antes de su muerte nos mandó a decir que no nos desalentáramos, que continuáramos laborando por la Buena Prensa, a pesar de la indiferencia de muchos...

Y ahora que está en el cielo, nos ayudará con más eficacia, así lo esperamos.

Enviamos nuestro más sentido pésame a su afligida y bondadosa esposa doña Ana María Guardia de Calderón Muñoz, al Excmo. señor Presidente de la República Doctor don Rafael Angel Calderón Guardia y a su distinguida esposa doña Ivonne de Calderón Guardia, a don Samuel Piza y a su distinguida esposa doña María Calderón Guardia, a don Francisco Calderón y a su bondadosa esposa doña Leticia Gei de Calderón Guardia; a sus hermanos don Francisco Calderón Muñoz y señora; a doña Luisa Calderón Muñoz vda. de Flores; a doña Mercedes Calderón Muñoz; a don Francisco Guardia Mora y señora; a la señorita Lolita Guardia Mora; don Próspero Guardia Mora y señora; a la señorita Amelia Guardia Mora; a don Guillermo Guardia Mora; a don Fernando Cabezas Saldívar y a los demás miembros de la distinguida familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma del Doctor don Rafael Calderón Muñoz.

SEMILLITAS

... *Sembremos buenos pensamientos y cosecharemos buenas obras...* no olvidéis estas palabras que encierran tan profundo sentido y tan consoladora verdad... si habláis de cosas altas, de obras buenas, de pensamientos sublimes; si sembráis en torno vuestro ideas del cielo, perderéis algunas, quizás muchas, es bien cierto; pero si fructificase una, podríais estar contentas... y... no séais pesimistas... fructificarán muchas y contribuiréis por este fácil medio a la mayor gloria de Dios.

De cualquier modo vosotros no perderéis nada Si ni florecen ni dan fruto en otros corazones, para el vuestro serán fecundo germen de virtud, porque sembrando por Dios nada se pierde...

No es de nuestra incumbencia que la semilla arraigue y dé fruto. Eso dejémoslo,

a Dios. El sólo nos pide que sembremos en nombre suyo...

¿Quién puede medir la influencia que tiene un pensamiento cristiano en el corazón de los que al parecer nos escuchan distraídos, quizás atentos, porque Dios al inspirarnos aquella idea, había ya preparado el corazón para que germinase?

¡Cuántas veces la conversión de un pecador se ha debido a un pensamiento cristiano! ¿Podrían acaso enumerarse los frutos de salvación que en el transcurso de los siglos han producido y producirán aquellas palabras de San Ignacio: *¿De qué te servirá ganar todo el mundo si pierdes tu alma?...*

No precisa erigirse en predicadores ni poner cátedra. Basta pedir al Señor que ponga en nuestra mente ideas cristianas, en nuestros labios frases que sepan hacerlas amables,

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la

Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robert Hermanos

y que El se encargue de mover los corazones para que den abundantes frutos.

Parece éste un trabajo estéril que carece de mérito, porque somos tan pequeñas que tan sólo lo vemos en lo que halaga y brilla... nos equivocamos pensando así... el sembrador de buenos pensamientos y de santas doctrinas, es mensajero de la Providencia que, sin aparato alguno, *pasa por el mundo haciendo bien.*

Sembremos sin tregua, sin cansancio, sin desaliento... Dios nos da la semilla. y al esparcirla, cumplimos su santa voluntad... no

hay cosa pequeña en el bien ni en el mal... una chispa determina un incendio... ¿sabéis si el Señor quiere que aquel humilde grano que depositasteis por su amor en la árida tierra del corazón humano, produzca abundante fruto? No os preocupéis de la cosecha... ésta es para Dios... a vosotros debe bastaros sobradamente sembrar por amor y con amor... que seais vosotras o la generación venidera la que recoja el fruto, ¿qué más da, si no buscáis vuestros provechos y si sólo la mayor gloria de Dios?



Aumenta la Irreligión

Aumenta la irreligión y aumenta el clamoreo de los descontentos y el número de los infieles.

Aumenta la irreligión y aumenta la desconfianza mutua de todos.

Aumenta la irreligión y disminuye el número de familias patriarcales.

Aumenta la irreligión y se apaga poco a poco la sonrisa y alegría del trabajador.

Aumenta la irreligión y la paz se apaga en numerosas familias.

Aumenta la irreligión y en el hogar penetra para ya no salir, la nota de protesta; el encono; la desesperación o cuando menos la agitación permanente.

Aumenta la irreligión y aumenta el ansia de de gozes lícitos e ilícitos con desmedro propio.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de los afeminados, de los débiles, de los flojos, de los incapaces.

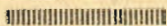
Aumenta la irreligión y se multiplican las astucias para burlar las leyes, los compromisos y los contratos; y aumenta el número de los intolerantes como Malatesta o Lenin.

Aumenta la irreligión y aumenta la osadía de los "líderes" que quieren tiranizar a los obreros; y aumentan las imposiciones violentas a base de boycott a las personas, a la familia y a los que piensan en forma distinta.

Aumenta la irreligión y aumentan los descontentos.

Aumenta la irreligión y aumentan las escuelas sin Dios y con ellas aumenta la criminalología de la niñez.

Aumenta la irreligión y hay menos paz; menos tranquilidad; menos confianza, menos amor, menos consideración hacia los hombres; menos honradez, menos justicia.



El Orgullo

El amor propio ha creado y mantiene grandes miserias morales y materiales.

Padre de la esclavitud es el orgullo; madre de la libertad es la modestia.

La democracia y la justicia andan siempre en pleito con el orgullo.

Pero, así como hay hijos deformes de padres hermosos, la modestia ha creado el ser-

vilismo, que es la máscara vil de una virtud superior.

Aborrece la hipocresía, detesta la falsa humildad; mas sé humilde, porque la vida entera es una perenne confesión íntima de nuestros errores.

La confianza en ti mismo no ha de inducirte a despreciar a los demás. Todos so-

mos hermanos, todos marchamos por el camino del dolor, ciegos ante lo porvenir, con sólo vaga noción de lo pasado y lo presente... Avanza sin cobardía; pero sin arrogancia.

No trabajes por el placer de contemplar tu obra. Recuerda que "tu" vida pronto pasa y que "la vida" queda.

Entre la petulancia y la hipocresía, no prefieras ninguna; quédate con la humildad, hija de la verdadera sabiduría, que es aquella que lleva la cuenta de lo que sabemos... ¡y de lo que no sabemos!

La bondad orgullosa no es la recta y pura bondad, porque, además de prodigar el bien, hay que prodigar dulzura.

Yo no creo en los exaltadores del orgullo. Creo en aquellos valientes de verdad, que se cimbran de coraje cuando suben la piedra a la montaña, mas en silencio y sin vanagloriarse.

No te jactes de luchar, ni de triunfar. Basta con que triunfes.

C. C. Vigil.

22 junio, 1937.

La Risa del Jardín

Tú no lo oíste, porque estabas como extasiada contemplándote en las pupilas del amado, pero reían las flores y las hojas de los árboles y la fuente del jardín, al oír sus promesas de amor.

El viento pasa y se lleva juntos las frases de amor y el aroma de los rosales.

Todo eso que se oye en el jardín, son risas. El jardín entero ríe cuando los enamorados, muy graves, dicen sencillas cosas de amor. ¿Juramentos junto a la fuente? El

agua ríe jubilosamente en todas sus gotas. Todo ese murmullo son carcajadas. ¿Juramentos junto a las flores? No es la brisa lo que hace estremecerse sus traviesas cabecitas, sino sus risas perfumadas. ¿Juramentos bajo los árboles? ¡Oye cómo se ríen las ramas!

Ríe el jardín entero al oír los juramentos de los enamorados.

¡El viento se los lleva y todo queda olvidado! *Myriam Francis.*

Observaciones

Si las personas que dicen que se aburren en su casa supieran lo que ello da a entender, no lo dirían jamás. Porque es lo peor que puede sucedernos. Para que en el propio hogar se sienta hastío, es necesario tener vacía el alma, vacío el cerebro y vacío el corazón; es necesario que no exista amor, ni ideas, ni sentimientos, pues si existieran, determinarían la actividad, el afán de saber y de hacer, y todo esto es causa de alegría.

La ociosidad nos roe las mejores fibras y es la más grande enemiga de nuestra felicidad.

Cuando ponderamos las excelencias de la vida hogareña, lo hacemos con el convencimiento de que la mujer, fuera del hogar, nunca encontrará la verdadera dicha.

Coser, tejer, bordar, cocinar, planchar y arreglar mil detalles de la casa son actividades que entretienen y empeñan la voluntad y la habilidad. Leer bellos y buenos li-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

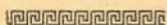
LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

bros es una de las más nobles y gratas distracciones. La persona que no encuentra manera de pasar agradablemente el tiempo en su casa sufre la tortura de buscar fuera un alivio a su hastío; pero no lo hallará. Lo más que puede conseguir es aturdirse y engañarse a sí misma.

La actividad en el hogar es absolutamente necesaria para la salud física y moral de

la mujer. Copozco muchas mujeres felices que hacen vida de hogar, pero ninguna que haya descubierto la dicha en la enfermiza inquietud que obliga al continuo y estéril movimiento que significa pasarse la existencia en las tiendas, en los cines, en las casas de té, en reuniones, exposiciones y conferencias, en todas partes, en fin, menos en el hogar, que es donde se hallaría a sí misma y gozaría del tesoro de la paz íntima.



Términos Médicos

Enteritis aguda. — Tumefacción y enrojecimiento de la mucosa intestinal, con aumento de la secreción mucosa. Llámase también catarro intestinal. Sus causas más frecuentes son las infecciones. La presencia de cuerpos extraños o la ingestión de alimentos descompuestos o bebidas en gran cantidad son origen de su aparición. Produce fuertes

cólicos. Las complicaciones son de temerse.

Enteritis crónica. — La enteritis crónica puede ser la continuación de la aguda en los casos en que el paciente se descuida, pero también ocurre que el estado crónico se introduce sin previa forma aguda, de un modo lento. Los síntomas coinciden con los de la enteritis aguda, sólo que son menos intensos.

SEGURO DE EDUCACION

Este es un seguro de grandes ventajas para los padres que enfoquen bien el problema de la educación de sus hijos.

Este seguro garantiza la educación de los hijos aunque mueran los padres.

La única herencia real y verdadera que un padre puede dejar a su hijo.

SIRVASE CONSULTARNOS SU CASO PARTICULAR ESTAMOS A SUS ORDENES.

Banco Nacional de Seguros.

Apoye la buena prensa, consiguiendo suscritores para "Revista Costarricense"

NOVELA

Aquellos días, yo necesitaba que me quisieras, me hacía falta tu voz, tu compañía, la serena dulzura de tu amistad... y tú entonces no quisiste quererme, María. Adelaida Fajardo, Dios la bendiga, hízome volver a tu lado y ese día de mi regreso, tú no lo presentiste; pero yo volvía a ti con el alma y el corazón abiertos a la esperanza de un amor nuevo: del tuyo María.

—Perdóname tú también a mí, porque también yo fui soberbia.

Arústegui se atrevió a besar una de las manos blancas e inmóviles que continuaban prendidas de las suyas, pero la besó volviéndola y buscando la tersura de la palma, con una apasionada delicadeza que demostró a María hasta dónde habría tenido que violentarse aquel hombre para aparecer tan glacial e indiferente.

—Luego vinieron los crueles días del Coto...

—No los nombres, ¿quieres? Lo daremos todo por definitivamente perdonado y olvidado. Los dos hemos pecado; llenémonos los dos de tolerancia y empecemos a vivir ahora en este momento en que acaban de compenetrarse nuestras almas.

—Eres generosa y te admiro, mujercita mía, pero permíteme que vuelva sobre lo pasado un instante no más y por última vez, para disculparme ante ti. No, no te encojas de hombros; la fatalidad y la... desvergüenza de Pilar Acuña (digamos las cosas por su nombre) se han confabulado contra mí para hacerme comparecer a tus ojos peor de lo que soy; para hacerme ver que yo andaba enamorado de otra cuando todo mi ser iba hacia ti desesperado. Por no citarte otros incidentes, te recordaré solamente dos. ¿Te acuerdas de día del perro? ¿Verdad que me guardaste rencor creyendo que entretenido con Pilar no pensé en prestarte auxilio?

—Las apariencias así parecieron demostrarlo...—murmuró María.

—Y como mi pasado abonaba esas apariencias... Pues, no; yo te doy mi palabra de que corrí hacia ti. Fué ella quien me sujetó. Por eso cuando tú me miraste, estaba poco menos que en brazos de la otra y por eso me rechazaste airada cuando al salir de tu desvanecimiento, te diste cuenta de que era yo y no Julián Quiroga quien te sostenía.

—Es verdad hubiese preferido en aquel momento verme en brazos del último bracero de Adelaida que en los tuyos—confesó lealmente María.—Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo comprendo, sí. ¿Comprendes tú también mi estado de ánimo durante aquellos días? Enamorado de ti desesperadamente y puesto siempre ante tus ojos en una situación tan poco recomendable por una especie de maldición que parecía perseguirme.

—Tu maldición era Pilar Acuña.

—Sí, la maldición de mi vida. Y gracias a que Dios te ha puesto en mi camino como un talismán que ha deshecho el maleficio, porque sin la coraza de este amor que te tengo ¿hasta dónde hubiera sido capaz de conducirme la astucia de Pilar Acuña? ¿Hasta qué abismo de deshonor y de vergüenza hubiese ido a parar en mi debilidad y mi cobardía?

—Ya te he dicho antes que olvides, que olvides todo eso—suplicó ardientemente la muchacha, poniendo dulcemente su cabeza sobre el pecho de Carlos donde el corazón latía orgulloso, feliz y emocionado de tan maravillosa conquista.

—Espera, aún queda algo.

—No queda nada, porque si te refieres al incidente de la escalera... al último, al que sorprendió Adelaida Fajardo, bien ví que no tenías ni arte ni parte en él, pues toda tu actitud era de defensa y de cólera...

—Entonces... si lo viste así, mi vida, ¿por qué huiste aquella noche de mi lado? ¿Por qué me hiciste sufrir de aquel modo?

—Porque me sublevó la idea de que te ba-

tieras con Arrúe por defender a Pilar Acuña. Pensaba que la querías hasta el extremo de olvidarte de que Arrúe era su marido y tú un caballero para pegaros como dos cualquiera.

—¡Ah! ¿Entonces?... — balbució desconcertado Arústegui. — ¿Entonces es que tú crees que Perico y yo nos pegamos por Pilar?

—Naturalmente. ¿Por quién si no? La explicación estaba bien clara: el marido la sorprendió en tus brazos.

—¡No, estás equivocada! Fué madrinita quien la sorprendió y quien la despidió del Coto. Entonces Pilar se desbordó y... te insultó...

—¿A mí?—exclamó María con un centelleo de coraje.

—Sonó tu nombre... con el de Julián Queipo, ¿comprendes?, y al día siguiente cuando Perico fué a pedirme explicaciones por las palabras de Adelaida (cuya responsabilidad asumí yo como el más próximo deudo) le abofeteé. Y le hubiera estrangulado si no me lo quitaban de las manos. Lo que sentí es no poderle sacar la lengua de ella. Eso es.

—Es decir, que yo creí... ¡y era por mí... —echóse a llorar María Riverdal.—¿Me lo perdonarás nunca, Carlos? Por eso me fuí; ese era el gran resentimiento que yo tenía contigo... y mientras tú defendías mi buen nombre te ofendía yo con mi abandono y con mis juicios temerarios, ¿qué temerarios, digo?, ¡calumniosos! ¿Me lo podrás perdonar?

—¿No habíamos quedado antes en que la palabra perdón no iba a ser pronunciada?—murmuró Arústegui dulcemente.

—¿Y aun has venido, a...?—detúvose María.— ¿A qué has venido, Carlos?

—A buscarte, María; a decirte que te necesito en mi casa y en mi vida y a ofrecerte, a cambio de los días que vas a dedicarme de tu devoción y tu abnegación de esposa, la compensación única: el amor, el amor absoluto, sin restricciones. Un día me fuí de tu lado porque me parecía criminal no poder darte esa compensación y hoy vengo a reclamarte porque puedo ofrecerte todo lo que tienes derecho a exigir.

Si las cuatro fieras hubiesen estado detrás de la barrera de peñascos, hubieran visto escan-

dalizadas que el forastero besaba a la señorita de Fajardo y que la señorita se dejaba abrazar impunemente con la mayor tranquilidad. Cuando el aluvión de tiernas y puras caricias le dejó hablar, María Riverdal dijo suavemente:

—¿Cuándo nos vamos a Figuerola, Carlos?

Cuando tú quieras, María.

... ..
¿Cómo ha pasado esta tarde mágica? Ni Carlos ni María podrán decirlo nunca. Han hablado mucho, se han mirado mucho, se han acariciado intensamente, descubriendo recíprocamente que uno y otro poseen exaltados temperamentos apasionadísimos... María no huye ahora las ternezas de Carlos y éste es feliz repitiéndole a María que la adora, que aquello que él creyó el amor, no era sino una fría parodia del amor y que es ahora, sólo ahora cuando la vida aparece ante su vista con todas las plenitudes de la dichosidad. Por fin, ya todo se ha dicho, y como las palabras son pobres para traducir la elocuente dulzura que remueve sus almas, confían al elocuente silencio ese trabajo. Se dan cuenta al cabo de que la noche viene, que el viento arrecia, que la humedad les ha entumecido. ¡Han vivido tan lejos de la tierra aquellas horas! Como en una tarde lejanísima, en la playa de La Aparecida, yergue María Riverdal su silueta gentil sobre el crestículo de un acantilado. Como entonces Carlos le dice, pero ahora tiernamente:

—Vas a caerte...

Pero ella no contesta con un desplante; con aquel "No le necesito a usted para nada" que le separó tantas veces, sino que confiadamente acepta las manos amorosas que se tienden hacia ella y se desliza de un ágil salto hasta tocar la arena. Después, juntos, muy despacio, cogidos del brazo, vuelven por el sendero glorioso desde la playa de la Herradura hasta la pintoresca fonda de María Francisca. Desde el hall, el cuarteto les ve llegar caminando lentamente; él hasta poder mirar su imagen muy chiquita dentro de las pupilas de ella, abstraídos completamente de cuanto pasa a su alrededor. María Francisca sonríe comprensiva cuando pasan y se indigna un poquitín al sentir el estallido de la malevo-

lencia y de la envidia que brota a la vez de las cuatro lenguas viperinas.

La pareja, en cambio, en el colmo del **sans facon** y del descaro (es frase de Pantaria) sube sin prisas las escaleras. Las solteronas suponen que van a tomar el té y suponen bien porque un minuto más tarde, la propia María Francisca pasa por el **hall** con la bandeja donde las golosinas tientan la gula de la gorda Manzaneque, la cual, en el colmo del despecho, opina que las personas de la clase media no pueden permitirse en los hoteles semejantes lujos. Eso está bien para esas señoritas que como la Fajardo tienen quien les pague las cuentas: porque la Manzaneque se cree tener suficiente mundología para no estar convencida de que Herrero primero y ahora este señor Ponce han de pagar muy caros los tés y los paseos en barca y las divagaciones sentimentales junto al mar... ¡Si conocerá ella a esas lagartas!

Junto a la encendida chimenea del saloncito de lectura, la crítica alcanza su período álgido. Ahora ya hay hasta indirectas para María Francisca, porque tiene el poco tacto de admitir en su hospedería a personas de situación equívoca, pero la hostelera continúa haciendo imposible su **jersey** de lana a punto de media y ni siquiera se digna recoger una sola indirecta. Dios sabe lo que piensan que estarán haciendo allá arriba el señor Ponce y la Fajardo, cuando aparece ésta con un traje elegantísimo de terciopelo negro en el cual ponen su nota regia impolutas pieles de armiño. Saluda al entrar con una inclinación de cabeza tan distanciante y tan señorial que las cuatro mujeres sienten que están en presencia de "alguien". No pueden precisar en qué estriba la diferencia que hay entre ellas y la altiva y hermosa criatura, pero a pesar de no ser muy inteligentes, han tenido las cuatro la súbita impresión de que entre ellas y Adelaida Fajardo hay una distancia enorme. Como todas las noches, María Riverdal se sienta al piano, y allí desgrana difíciles y extrañas melodías. Un momento antes de la hora de la comida, el forastero aparece recién afeitado, recién peinado, pulcro, elegante, muy principal con su traje obscuro. Mientras las cuatro arpias se sienta a la mesa con gran

de ruido de sillas y carraspeos y miradas significativas. Arústegui ofrece el brazo a su mujer y la lleva hasta la mesita donde los dos cubiertos les aguardan juntos. En el colmo de la sorpresa y del escándalo, las cuatro mujeres se dan cuenta de que el **menú** de aquellos dos huéspedes es diferente al de ellas. ¡El dinero, el dinero! La gorda Manzaneque se siente muy humillada en su orgullo burgués que no puede permitirse semejantes lujos y piensa en la cuenta que María Francisca le pondrá al forastero. El matrimonio, entretanto, come en la mejor armonía. Jamás ha estado María Riverdal tan adorable como esta noche en que el deslumbramiento de la dicha pone un destello inefable en sus grandes pupilas; nunca se ha mostrado Carlos tan encantador, tan brillante, tan sugestivo como en esta noche en que da rienda suelta a su ardiente temperamento apasionado. Cuando la comida termina, se refugian en el sofá del cuarto de lectura. Ni sienten el frío ni el rugido del mar, ni les importa que la chimenea esté groseramente acaparada por las cuatro fieras. Cuando se cansan de contarse ternezas, se levantan y dan las buenas noches, fríamente. Carlos ha pasado el brazo por el talle de su mujer y así suben la escalera...

—Es escandaloso!—gruñó Pantaria.

—¡Inmortal!—congrata la Manzaneque.

—Y nosotros estamos sirviendo de tapadera...—disparó Prisca.

—¡Ah, pues no, eso sí que no! Ya hablaré yo mañana con María Francisca—decretó Pantaria.

En el umbral del cuarto de María Riverdal, Arústegui se detuvo. Estrechóla largamente sobre su corazón, la besó emocionado y feliz...

—Que duermas bien, mi vida... Hasta mañana...

Bajo la mirada llena de ternura del marido, la esposa cerró lentamente su puerta agradeciéndole en el alma toda su delicada caballerosidad. Esperó él en el corredor hasta que sintió como se corrían los cerrojos y luego se fué a hundir su felicidad bajo las sábanas de su cama niquelada, entre las cuales no tardó en dormir como un niño dichoso.

El despertar fué una cosa inesperada y des-

lúmbante. Arústegui saltó de la cama y en piyama, tal como estaba corrió a la playa. El sol comenzaba a alzarse sobre el mar cabrilleando con reflejos áureos sobre el azul verdoso de las olas; el viento había cambiado durante la noche y el Rincón de la Herradura era como un remanso, sin oleaje ni peligros. Carlos Arústegui se sentía fuerte, vigoroso, en plétora de energías... En un momento se despojó del piyama, vistióse el **maillot** y se echó al agua, recorriendo con grandes braceos la senda gloriosa de oro que el sol marcaba sobre el mar como una estela. Cuando regresó al hotel, aún no se habían levantado las cuatro fieras; ni María probablemente tampoco. Mientras se anudaba el lazo de la corbata, oyó una melodía que llegaba de lejos cantada a media voz. ¿No era María? ¿María que se levantaba cantando como un pájaro? ¿Qué cantaba? ¡Oh, no lo sabía pero aquel cántico se le entró hasta el alma, conmoviéndole vivamente! ¡Su mujercita adorada, que volvía a ser la muchacha alegre de su primera juventud! En dos manotazos, acabó de arreglarse, acuciado por la impaciencia. Abrió su puerta, salió al corredor... ¡Oh, visión adorable! María Riverdal, con su traje azul marino, abría también su puerta en aquel momento.

—¿Dónde vamos esta mañana?—pregunta cariñoso Arústegui, cuando termina de dar los buenos días a su mujer.

—Si tú quisieras... Hay una ermita con una Virgencita negra allá, detrás del pueblo. Le tienen mucha devoción en el país. A mí, lo que me ha contado María Francisca, me ha hecho recordar a nuestra Virgen de La Aparecida. ¿Quieres que vayamos a rezarle una Salve? No te rías, pero siento la necesidad de arrodillarme contigo delante de Ella, de que muy juntos los dos, le demos las gracias por este maravilloso hallazgo de nosotros mismos que nos ha traído la soñada felicidad...

—No me río, no, María! pienso como tú que será muy consolador vernos unidos en el mismo sentimiento de piedad delante de la Virgencita negra — afirma gravemente Arústegui. —Mira, vas a bajar al comedor y a decirle a María Francisca que nos sirva el desayuno en ese comedor de jazmineros que hay en el ángulo

del jardín. Yo iré mientras a buscar a Gaspar y le diré que prepare el **auto**...

—Eso, eso, y así al menos, no sentiremos bullir la hostilidad de esas gentecillas alrededor nuestro... Me refiero a la mamá y a su niña y a las dos solteronas.

—¡Qué ridículo! ¿Será posible que no comprendan la verdad?

—La verdad, convén conmigo en que es un poco difícil de comprender... Ellas creen que yo soy soltera... ¡Bah! Me tienen sin cuidado. Pero habremos de sacarlas de sus dudas antes de irnos para poner las cosas en su punto y que no padezca nuestra reputación.

Arústegui atrajo tiernamente a María sobre su corazón. Entonces fué cuando se oyó el carraspeo violento de la Manzaneque; la cual toda pudibunda y escandalizada, surgía al extremo del corredor, seguida de su retoño.

—¡La hemos hecho buena! — murmuró Arústegui escabulléndose hasta la escalera.

La fresca carcajada de María hirió los oídos de la ferretera. ¡La mala pécora; aún se burlaba! Y la condesa de Arústegui, grácil y agilísima, se deslizaba corriendo escalera abajo como una ninfa, deteniéndose en los descansillos para mirar hacia arriba con un mundo de coquetería y travesura en los ojos. Pero no era precisamente a la Manzaneque a quien miraba, sino a Carlos que le contemplaba estático. ¿Podía ser él... ¡él!... quien así gozaba y amaba hundido en el ciclo de la ilusión? ¿Dónde estaban, qué eran ahora los recuerdos que él creyó únicos, de aquellos días en que le pareció sacarle a la vida el supremo placer del amor de Pilar? ¿Qué era aquello, sino sombra borrosa, al lado de esta luz radiante de hoy? ¡Qué razón tenía la madrinita buena cuando le dijo un día de primavera que nunca anduvo enamorado de Pilar Acuña, que lo que amó fué al mismo amor; porque ahora que el ideal ha encarnado en una mujer tan de su gusto, qué diferencia de lo que sintió a lo que siente! Un milagro de maravilla... Es preciso ir a darle las gracias a la Virgencita de la Ermita por haberle deparado la compañera ideal.

Continuará.

San Juan Bautista

El 29 del presente mes la Santa Iglesia celebra la degollación de este Santo.

Con él se cierra un testamento y el mismo Santo anuncia el principio de la redención y predica la plenitud de la misericordia de Dios para con el hombre. JUAN nombre que le fué impuesto por el mismo Dios, en hebreo *lehanan*, significa MISERICORDIA DE DIOS.

Después que nuestros primeros padres cayeron en la noche de la culpa, Dios en su infinita bondad no quiso que quedaran en eterna y completa obscuridad; y así fué distribuyendo a los patriarcas sus divinas promesas, como estrellas de mayo de menor magnitud, que con su resplandor fueran guiando a los pueblos por los caminos de la verdad.

Pero como así, aún eran muchos los descarriados el Señor dió su ley a Moisés en el monte Sinaí, que fuera cual la luna para el caminante, alumbrándoles las sendas tortuosas que debían seguir. Mas, como a luz de pálida luna, aunque ya no caminaban a tientas y tropezones, sin embargo estaban sí bajo el temor y la esperanza.

Ahora Dios, habiéndose cumplido todas las profesías que determinaban el tiempo y lugar que había fijado en su infinita misericordia para completar la redención del hombre, suscita a JUAN que, cual aurora luminosa, vaya preparando el camino por donde ha de pasar el Sol de justicia y amor, Cristo Jesús.

Juan marca el fin de la profecía y de la Ley; y siendo como dijo el mismo Cristo: "El mayor de los profetas y aún más que profetas, no solo predijo la venida del Mesías, sino que como heraldo que era del Gran Rey, lo mostró con su dedo a las turbas ansiosas diciendo: "He ahí el Cordero de Dios" (Jn. I, 36).

Los profetas solo nos daban señales de la venida del Redentor, el Bautista nos lo anuncia como ya llegado; ellos lo prometen, Juan lo presenta; aquellos nos ofrecían la esperanza, El nos muestra la realidad.

Vemos que Juan fué profeta y heraldo, pero aún fué algo más, fué Apóstol enviado desde el seno materno a predicar el Reino de los cielos.

Y como apóstol, también a nosotros en pleno siglo veinte, se dirige San Juan Bautista, También a nosotros, como en otro tiempo a los que iban a hacerse bautizar en las riberas del Jordán, nos dice: "¡Oh raza de víboras! quienes os ha enseñado que así podréis huír de la ira de Dios que os amenaza? Haced dignos frutos de penitencia". (Luc. 3, 7-8).

Hoy no digamos nada de los católicos que solo tienen el nombre de tales, sino los que nos honramos en serlo y que ante el mundo pasamos como tales, preguntémonos con la mano en el corazón: ¿No es cierto que casi nos hemos olvidado de lo que es y significa la penitencia?? No es cierto que solo buscamos nuestro bienestar aún en las cosas más cuando leemos en las vidas de los Mártires y de los Santos sus mortificaciones y sus trabajos, si no aparece una sonrisa de incredulidad en nuestros labios, a lo menos avergonzados de nuestra manera de vivir, alegamos que... ellos eran santos?

Acordémonos que a todos se dirigía nuestro Salvador cuando decía: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto." Pues bien, o somos justos (y el justo cae siete veces al día) o no lo somos. Si lo somos nos hace falta la penitencia para no caer. Si no lo somos debemos hacerla por nuestros pecados para pagar la deuda contraída.

Aprovechemos este tiempo de la vida que Dios por su misericordia nos ha concedido para nuestro remedio porque si despreciando estos avisos que nos da el santo Bautista queremos seguir pensando solo en nuestros apetitos. El mismo nos muestra lo que nos espera cuando nos dice: "Tomará, el Señor, en su mano el bieldo y limpiará su era; meterá después el trigo en su granero, quemando la paja en un fuego inextinguible". (Luc. 3, 17).

El primer amor de Liszt

Cuando se tiene diecisiete años la vida se presenta color de rosa. Por esto Liszt, pianista y compositor, a la mencionada edad no veía sino promesas de amor y perspectivas brillantes, haciendo caso omiso de las palabras sentenciosas pronunciadas por su padre moribundo, exhortándolo a la serenidad, a la templanza.

La figura de este ilustre músico era imponente desde el punto de vista romántico. La corbata anudaba displicente y con displicencia sobre el cuello, el chaleco con doble hilera de botones, con cierta semejanza a algunos que se usan ahora; la casaca larga, la melena al viento, los zapatos lucientes como un espejo. Hay que agregar a esto la aureola de fama en plena marcha y lo sensible que es a ella la coquetería femenina. Con esta explicación se podrá aclarar mejor que era inevitable el que la hija del Ministro de Comercio Saint Cricq se enamorase de él aprovechando la circunstancia de que lo tenía nada menos que como profesor.

Por lo menos tal era el pensamiento que acariciaba el bueno de Franz Liszt al dirigirse hacia el palacio del ministro mencionado para iniciar las clases. Pero su sorpresa no tuvo límites al ver que la alumna sobre la que tantas ilusiones forjara era una niña que lo esperaba muellmente tendida en un sofá con los bucles dorados cayendo graciosos sobre su rostro.

Gracias que Liszt no necesitaba ni un segundo para recobrase, y que su espíritu comunicativo en seguida le granjeaba amistades y cariños; a las tres lecciones parlotaba con la niña de literatura; de naderías y la hora de clase estipulada se volvía elástica.

Entonces surgió la llama viva del amor, en contacto con las estrofas de los poetas que eyocaban y las frases melodiosas arrancadas al piano. La madre de la jovencita, con su perspicacia, ducha en temas pasionales, adivinó el secreto que albergaba el corazón de su hija y el pecho del incipiente profesor.

Alguna vez en el comedor hogareño, ya en la sobremesa, cuando Carolina se recogía en su aposento y el ministro y su esposa aprovechaban la oportunidad para conversar sobre el porvenir,

surgió la sombra del amor naciente y temblando en los labios las palabras se diría que ambos las tragasen, como si les tuviesen miedo, tal si fueren una amenaza o algo imposible de mencionar.

Entretanto las lecciones presentaban lagunas de silencio; el piano enmudecía y las pupilas de Liszt estaban clavadas en las pupilas de Carolina de Saint Cricq.

Un buen día, al llegar el profesor a la residencia de su alumna halló las puertas entornadas; un silencio inusitado vagaba por las amplias estancias y los corredores largos, oscuros. Madame de Saint-Cricq había fallecido. La niña lloraba en la alcoba de sus padres a lágrima viva. Liszt bajó la cabeza anonadado; sabía que la extinta era una aliada de sus amores no públicamente declarados, sabía que muchas tardes los había sorprendido en pleno éxtasis amoroso. Poco después pudo enterarse de que la venerable señora antes de morir alcanzó a recomendar trémulamente a su esposo: "Se aman los niños. Déjalos que se casen y sean felices".

No obstante esto, pasados los días del dolor más intenso, Liszt recibió un comunicado lacónico. El ministro de Comercio deseaba verlo a la brevedad posible.

Un tanto compungido llegó hasta la casa donde tantos momentos alegres había vivido, temiendo los resultados de la entrevista. Y como lo presumía tuvo para él la nota de desencanto apabullante. El encumbrado padre de Catalina Saint-Cricq estaba proyectando el enlace de la pequeña con un conde. Esto era lo terminante y una forma de insinuar a Liszt que eran vanas sus esperanzas y que procedería cortésmente dejando el campo libre para labrar la felicidad de la niña sin violencia ni arrebatos de nervios.

Allí terminaron las lecciones.

Liszt, con el corazón hecho trizas, vertió sus penas en la confesión. Se lamentó de las diferencias sociales, condenó el egoísmo, renegó de la conducta de los hombres llevados por azar al pináculo del poder. Las palabras fueron duras, lapidarias, mientras la condescenden-

cia tolerante del cura procuraba mitigar la herida profunda.

Fué entonces que Liszt juró vengarse de la sociedad en una figura perteneciente a ella. De nada valieron las recomendaciones que intentaron disuadirlo de su propósito. El confesor se declaró impotente con su dialéctica, para poner serenidad y mesura en medio de la tormenta. Y surgió la figura aristocrática, fina y rubia, de María de Flavigny, condesa de Agoult. Mayor que Liszt seis años se enamoró con locura. El se contemplaba con dejarse amar. Pero terminó encariñado, rendido a los pies de la bella. En el rostro de la adorable figulina que era la condesita amaba al principio a Catalina de Saint Cricq. Más tarde se asomaba hasta el alma de esa mujer que también lo interpretaba, tranquilo, acunando sólo el recuerdo de aquel gran amor de adolescencia.

Hasta un día en que se encontró con Mme. d'Artigaux, por otro nombre Catalina de Saint Cricq. A las vacilaciones de las primeras palabras sucedieron las explicaciones, las mutuas protestas de cariño ferviente. Pero parecía que ese afecto otrora tan profundo sonaba a hueco, a ritmo olvidado. Los rescoldos perpetuaban el cariño extinguido. Cada anécdota, cada episodio de cuando con las manos entrelazadas conjugaban el verbo eterno, amar, hacía asomar a sus pupilas una lágrima tímida, brillante, que Liszt enjugaba a fuerza de energía y que titilaba en las pestañas sedosas de Mme. d'Artigaux por un momento hasta que caía rodando por el rostro, bañándolo de tristeza. Pronto reconocieron que era imposible continuar tratándose para no avivar en demasía el pasado y se dieron un adiós definitivo. No habían de verse más en la vida.



Margarita Ugalde

La señorita Margarita Ugalde era nuestra Agente de **Revista Costarricense** en San Pedro de Poás y, apenas hacía diez días que había venido a arreglar sus cuentas, siempre muy exacta en ellas, y a decirnos adiós para siempre... Le teníamos gran cariño porque era una niña pura como los Angeles; tenía como sesenta y cinco años, pero su porte, sus maneras, su sonrisa angelical eran los de una niña de doce años. Era Presidenta de las Hijas de María y su mayor dicha fué siempre ayudar a su querida Iglesia de San Pedro de Poás. Constantemente nos pedía oraciones, libros, hojitas piadosas para repartir. Nos decía: hay que hacer algo para la Mayor Gloria de Dios y por Nuestra Señora la Santísima Virgen María. ¿Qué nos queda cuando muramos?... sólo lo que trabajamos para la eternidad! Era muy inteligente y muy piadosa. Su humildad era única, vestía modestamente pero siempre correcta. La considerábamos una santita

y nos alegrábamos cuando venía porque era un verdadero placer conversar con ella. Nos decía: La Buena Prensa hace tanto bien!... desgraciadamente no lo comprenden así todos. Muy triste me pongo cuando personas que debieran apoyarla con entusiasmo no lo hacen porque no comprenden su labor. Pidamos al Espíritu Santo que las ilumine.

Su fallecimiento acaecido el 2 de junio nos impresionó profundamente y esperamos que como su vida la entregó toda a Dios, debe haber tenido el premio de su virtud. Enviamos nuestro sentido pésame a su bondadosa hermana la señorita Octaviana Ugalde y a los demás miembros de la familia doliente y también a la Hermana María Encarnación del Buen Pastor.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Margarita.

Los Tres Amigos

No teñes de ningún amigo si antes no lo has probado, porque se llaman amigos muchos que se sientan a la mesa del banquete, y pocos, muy pocos, casi ninguno, al pie de las puertas de una prisión.

Un hombre tenía tres amigos, amaba muchísimo a dos de ellos, mientras que el tercero le era indiferente, aunque éste era el que más le amaba.

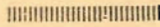
Un día fué llamado por un tribunal de justicia a responder a las reconvenções injustas que le hacían. ¿Cuál de vosotros, dijo él, querrá acompañarme ante el tribunal a declarar mi inocencia? Se han dicho de mí cosas que rebajan mi honor y reputación y el Rey está enojado contra mí.

El primero de sus amigos se excusó diciéndole, que sus ocupaciones no permitían acompañarle. El segundo fué con él hasta la puerta

misma del juzgado; pero al estar allí lo dejó volviendo a sus ocupaciones, porque tuvo miedo de presentarse ante un juez enojado. El tercero, que era con el que menos contaba, entró con él, le defendió y testimonió de tal modo la inocencia de su amigo, que el juez no sólo le absolvió sino que le hizo un regalo.

Tres amigos tiene también el hombre en este mundo, y ¿cómo se portan a la hora de la muerte cuando Dios nos llama ante su tribunal supremo? El "DINERO" que es su mejor amigo, es el primero que le abandona. Sus NARIEN- TES Y AMIGOS le acompañan hasta el cementerio y vuelven a sus casas. El tercero, que es tan poca estima ha tenido durante su vida, son sus buenas obras. Sólo éstas le acompañan hasta Dios, le presentan, hablan a su favor, y obtienen su gracia y misericordia.

V.



La Obligación de ser Sano

Se habla de la obligación social de ser limpios, de ser cultos y educados, y hasta de tener una cierta ilustración. Muy poco se dice, en cambio, de la obligación que consideramos primordial para el interés colectivo y el destino de la humanidad: la de ser sanos.

La enfermedad es considerada algo así como un castigo, un azote social ante el que sólo cabe una fatalista resignación, según la cual el paciente queda exento de responsabilidad. Y no es así.

El hombre tiene la obligación de ser sano... en la medida que su inteligencia puede servir a esa obligación. Claro está que existen males ante los que nada puede el hombre individualmente. Pero también es cierto que en las calamidades comunes tiene mucha intervención la negligencia individual. Si solamente fuera víctima, la responsabilidad de cada uno sería menor. Pero es el caso que también puede ser agente y legatario de la enfermedad. Y es entonces en virtud de ese

triple imperativo que debe custodiar y defender su salud.

Pero es el caso que el hombre, el hombre moderno, a fuerza de apartarse de la naturaleza y aplicar su negligencia a los refinamientos sensuales del gusto y la coquetería, se ha convertido en inconsciente aliado de los mil azotes con que la naturaleza castiga la infracción a sus leyes inmutables. Eso se advierte hasta en los animales susceptibles de domesticación. En estado salvaje son sanos y vigorosos. Una vez domesticados se tornan débiles y enfermizos. La tuberculosis en los vacunos nació con su cautividad para la explotación industrial.

Pero ya que la sociedad se ha organizado en la forma "irracional" en que lo ha hecho, condenando al hombre al sedentarismo y la intoxicación alimenticia, incumbe a la inteligencia de cada uno la misión de corregir las fallas colectivas con el amparo a la propia salud y mediante prácticas y ejercicios depuradores. Es preciso, pues, que el hombre

vuelva a la naturaleza; que procure con frecuencia oxigenar su sangre, distender sus músculos, alimentarse sencilla y sobriamente, de especial modo con cereales, frutas, verduras y carne asada y sin condimentar. Le va en ello su propia salud, pero también

algo que reviste mayor importancia todavía: nadie tiene derecho—repetimos—a ser propagador o legatario de un mal que puede evitar con el auxilio de su propia inteligencia.

Dr. H. Carnot.



La Realidad Espiritual

Las plantas se alimentan, respiran, crecen, se reproducen.

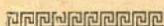
Los animales, además de comer y respirar, crecer y reproducirse, caminan, muestran simpatía hacia otros seres y realizan actos que revelan inteligencia y memoria.

El ser humano, semejante al animal en su organismo, también busca sus alimentos y comodidades, se abriga, construye su casa, cría a sus hijos, puede demostrar inteligencia, fuerza, astucia, previsión otras cuali-

dades; pero posee algo que lo distingue, lo eleva y lo separa de los demás seres...

Un animal da una coz; lastima o mata a alguien y no se preocupa de ello. Un hombre pronuncia una frase injusta, y el remordimiento lo apena durante largo tiempo. No es el cuerpo el que recuerda y se condeue: es el espíritu: aquello que nos destaca sobre la naturaleza y es la esencia de nuestra vida.

Constancio C. Vigil.



RECETAS DE COCINA

PASTEL INGLES

Se cocina en poca agua 1½ libras de costillas de cerdo con un cuarto de libra de tocino, un cuarto de libra de zanahorias, sal, pimienta, dos dientes de ajo pelados y bien majados; cuando la carne está suave se pica junto con el tocino y la zanahoria y se mezcla con el caldo en que se cocinó; se hace un arroz aguado y en un pirex untado de manteca se pone una capa de arroz, encima una parte de la carne preparada, unas alcaparras picadas, un poquito de salsa de tomate y así se continúa en capas hasta concluir con todo, por encima se espolvorea con polvo de pan tostado y se mete al horno caliente durante 15 minutos.

TAMALITOS DE VERDURAS

Se prepara un picadillo de alverjas con zanahorias picadas o de papas con mostazas, o de

papas con alverjas o frijoles molidos o con lo que se quiera. Se emplean dos libras de masa de maíz molido finamente, a esta masa se le agrega una buena cucharada de manteca o mantequilla y una media libra de queso fresco rallado o molido, a esta masa se le agregan dos cucharones de agua fría, sal y pimienta, y tiritas de chile dulce, se mezcla muy bien y se pone al fuego meneándola constantemente hasta que empiece a hervir, esta masa debe quedar suave, las hojas de plátano se preparan de antemano, pasándolas por un calentador eléctrico o por las brazas y lavándolas muy bien, las hojas se colocan de dos en dos y cruzadas; se pone una cucharada grande de la masa y en el centro se le pone un poco del picadillo, se envuelven y se amarran muy bien y se echan en agua hirviendo con sal y se cocinan una hora. Si se tiene una olla especial para cocinar al vapor es mejor cocinarlas en ella, así conservan mejor su gusto.

Betina de Holst Hijos

le ofrece

CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN
en todos colores y anchos

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

— LE OFRECE EL —

Banco de Costa Rica

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

En la TIENDA de
CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Encontrará Usted las mejores

COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!